

y los necesitados á ser socorridos por sus semejantes. Tomad esto para vos y para ese niño inocente.

Y entregó á la pobre casi todos los ahorros que guardaba. Luego, desdoblado un grande y finísimo lienzo hecho por sus manos, y acudiendo á sus menesteres de costura, allí mismo se puso á cortar y coser, siendo cosa admirable la presteza con que se movian sus graciosas manecitas, y el brevísimo tiempo que empleó en su obra.

Pronto estuvieron hechos varios pañales y otra sencilla ropa de abrigo, todo lo cual entregó María á la desgraciada madre, quien lo recibió vertiendo lágrimas de reconocimiento, besando aquellas manecitas caritativas, y exclamando al despedirse:

—¡Bendita seas, niña bondadosa! Ya que tienes la belleza del alma y la del cuerpo, el Señor quiera conservarte la primera y aumentarte la segunda por largos años!

Habiendo vuelto Juan y Marta á montar en el carricoche, éste continuó su camino, al paso no muy igual de las averiadas mulas.

Anda y anda el carricoche, por acá dando tumbos, por allá casi desvencijándose, y siempre removiendo y golpeando su humano contenido, llegó á un lugarejo poco distante de la capital. Notábase allí ruido y movimiento desusados, y acumulacion de viajeros que acudían á la ruidosa fiesta.

Juan y su familia instaláronse en una mala posada, ocupando un cuarto bajo, cuya ventana daba al cami-

no; y miétras los esposos descansaban y María se entretenía en algunos quehaceres, Flor y Estrella pusieron á la ventana, llevadas por su mujeril deseo de exhibirse y recibir las galanterías de los transeuntes.

Paso á paso, y apoyándose en un bordon, caminaba un anciano de semblante venerable, notándose en éste, no la tranquila majestad que imprimen los años, sino profunda ansiedad.

—¡Hermosas niñas!—exclamó al llegar cerca de Flor y Estrella—una sola hija me queda, á quien no puedo valer porque estoy pobre, achacoso é inútil: la pobrecilla está enferma, y yo ando en busca de medicamentos y de almas caritativas que me la curen. ¿No querríais hacer esa obra buena de cualquier modo?

—No podemos, buen hombre—dijo Flor—estamos de paso y apénas nos basta el tiempo para atender á lo nuestro.

—Sea por Dios—murmuró tristemente el anciano; y continuó su camino.

No habia alejádose mucho, cuando le alcanzó María.

—Señor—le preguntó—¿está muy léjos de aquí esa niña enferma?

—No; en aquella casita cercana.

—Vamos pues; quizá podré servir de algo á la pobrecita.

—Vamos, generosa niña, y que Dios te recompense.

Y marcharon juntos, sirviendo María de apoyo al anciano.

Una vez cerca de la enferma, María, que habia lle-

vado á prevención su botiquin, administró á aquella alguna tisana y fricciones estimulantes, si no bajo el dictámen de la ciencia, sí con ese maravilloso tino que da la caridad á quien desea hacer el bien, y con la paciencia y dulzura de las almas buenas. Dió al anciano lo que le quedaba de sus ahorrillos, y además algun alimento; aseó y compuso la casa, preparó lo necesario para nueva curacion, no cesando de prodigar á sus favorecidos palabras de esperanza y de consuelo, y se retiró prometiendo volver al dia siguiente, ántes de continuar su camino.

El anciano no cesaba de bendecirla, llamándola el ángel salvador de su hija.

En efecto, merced á los solícitos cuidados de María y á la permission del cielo, que nunca deja sin fruto una buena accion, la enferma pronto se restableció, y así la encontró María cuando muy de mañana fué á visitarla, llevando nuevos auxilios para ambos desgraciados.

—¡Las bendiciones del cielo—dijo con tierna efusion el anciano á María al despedirse—te sigan por donde vayas, y él te colme siempre de gracias y de dones!

Continuaron los viajeros su camino, y al mediodia empezaron á divisar las altas torres y los elevados palacios de la capital. El calor era sofocante, no habiendo ni la menor sombra de arboleda en la vasta llanura que el carricoche atravesaba lentamente. No se veia caserío alguno en aquella gran extension, ni otros viajeros que los consabidos: sólo allá á lo léjos distinguíase un pequeño bulto moverse de vez en cuando. Pron-

to alcanzóle el carruaje, y entónces vióse que era una viejecita, que poco á poco y con trabajo adelantaba, dando muestras de extrema fatiga y deteniéndose con frecuencia para tomar aliento.

Al verla en tan lastimoso estado, María, movida á compasion, é inspirada por su bondadoso carácter, hizo detener el carricoche, á pesar de las protestas de sus hermanas, á quienes ya se les hacia tarde llegar á la ciudad festiva, donde esperaban ser admiradas y obtener mil triunfos y ovaciones.

Con su habitual dulzura preguntó María á la viejecita:

—¿Por qué caminais sola y bajo este sol ardiente que tanto os fatiga?

—¡Preciosa niña! necesito llegar cuanto ántes á la corte, porque tal vez, si me retardo algunos momentos, perderé para siempre al hijo de mis entrañas.

—¿Conque teneis un hijo?

—Sí, buena niña, tengo un hijo, lozano, hermoso y apuesto como era su padre; y estas cualidades, que debian servir para mi alegría en mis últimos dias, son acaso las que han causado mi desgracia.....

—¿No ves que está loca, y no sabe ni lo que dice?—objetó Flor impaciente.—No parece sino que viajamos con el fin de dar abrigo á todos los vagabundos y desfacer todos los entuertos que halleemos en nuestro camino.

—¿En qué consiste vuestra desgracia, señora?—continuó preguntando María, sin hacer caso de las impacencias de su orgullosa hermana.

—Ya sabeis que el rey refacciona de vez en cuando su ejército, para lo cual hay un sorteo entre los jóvenes más sanos y vigorosos: á mi hijo ha tocado en esta vez servir como soldado; y si tal sucede y me lo quitan, ¿qué va ser de mí, pobre y abandonada? Así es que he emprendido este viaje á la corte para ir á echarme á los piés del soberano é implorar su gracia, pidiéndole me devuelva ese hijo, que es el único apoyo de mi vejez cansada.

—Mas ya casi no podeis andar, y tal vez os coja la noche en el camino.

—Bien lo veo; pero cumplo como madre, y si desfallezco ántes de llegar, hágase la voluntad de Dios.

—Padre, bien podemos dar á esa anciana un asiento en nuestro coche.

—¡Ni pensarlo!—exclamó Flor sulfurada.—¿No ves que apénas cabemos? Además, bonitas nos pondria con su suciedad y su olor á cochambre!

—¡Padre—insistió suplicante María—no debemos dejarla abandonada y expuesta á mil riesgos en este lugar desierto. Si tal cosa hacemos, quién sabe si caiga agobiada de cansancio, para no levantarse más, y tendríamos remordimiento por no haber auxiliado á esa infeliz anciana, que no por pobre y miserable deja de ser nuestra hermana.

A pesar de la oposicion de Flor y Estrella, la anciana fué admitida en el coche, haciéndole María un lugar entre ella y su padre.

—¡Bien hayas tú, niña bella!—exclamó la pobre mu-

jer reconocida—tú no temes mancharte ni infectarte con mis sucios harapos; ni esto es posible, porque á los ángeles de caridad nunca se les ensucian las blancas alas, por más que anden entre el lodo y la escoria de los miserables á quienes socorren; y tú, preciosa niña, que eres uno de esos ángeles, siempre has de llevar en tu alma el perfume de los cielos!

IV

Al caer la tarde detuviéronse nuestros viajeros á la entrada de la ciudad, en la única posada en que hallaron alojamiento, porque era tal la afluencia de concurrentes á la corte, que ya no quedaba vacío meson ni paradero alguno.

A instancias de María, habian admitido en su compañía á la pobre anciana recogida en el camino, la cual esperaba la oportunidad de las fiestas para poder presentarse al soberano.

De ahí á tres dias iba á verificarse el famoso certámen, y ya desde entónces se notaban extraordinarios preparativos. Llegó por fin el deseado y memorable dia, y la capital cochinchonesa presentaba un golpe de vista magnífico. Mástiles con incontables flámulas en las calles; farolillos para la iluminacion; festones de verde follaje; colgaduras y tapices en balcones y ventanas; jardines improvisados en las azoteas; erguidos arcos de triunfo en las encrucijadas; alfombra blanda y

perfumada de flores deshojadas, y otra multitud de vistosos adornos, difíciles de contar.

Como complemento de todas aquellas galas, alzábase en la gran plaza y sobre extensa plataforma, espléndido palco, donde acompañada de los reyes y de toda su corte, sería presentada al pueblo y coronada la que obtuviese el premio por su hermosura.

Clarines, pífanos y tambores, repiques de campanas y salva de trabucos, anunciaron que iba á empezar pronto la ceremonia, recibiendo los reyes en su palacio á todas las femeninas bellezas que aspirasen al premio.

Segun el dictámen de la reina, debía recibir el premio la mujer de mayor hermosura física; pero el rey, de acuerdo con el parecer de los ancianos de su Consejo, dispuso reservadamente que los honores y distinciones se acordarian, no á la que solamente tuviese hermosura, sino á la que reuniese á ella la gracia, la instruccion y la bondad.

Quizás el buen rey, picado todavía por el singular capricho de su mujer, quiso poner los mayores obstáculos con objeto de que aquella bulla mujeril, como él la llamaba, no diese resultado alguno, puesto que tenia la conviccion de que en ninguna mujer se hallarian tantas dotes reunidas.

Flor y Estrella habian pasado toda la noche en vela disponiendo sus galas y tocado; y apenas se anunció el principio de la fiesta, quisieron ponerse en camino hácia el palacio real. Pero el histórico carricoche ha-

bia necesitado varias composturas y nuevos adornos. Se le limpió el lodo del camino, se retocaron y adicionaron sus galas, ya muy deslucidas, se recompuso una rueda rota, se dió un buen pienso y una buena brozada á las viejas mulas, y en todo esto se pasó el tiempo.

Entretanto, las puertas de palacio se habian abierto, dejando entrada franca al pueblo, que invadia los patios, escalinatas y corredores. Otra multitud que no habia podido penetrar, se arremolinaba en los alrededores del palacio, viendo á las tropas vestidas de gala y á las damas y caballeros que á cada momento entraban, no sin duras penas, al real edificio, siendo necesario que les abriesen calle los alabarderos.

Toda aquella brillante comitiva era colocada por los ugieres en el inmenso salon donde estaba el trono. En el ancho zócalo que rodeaba á éste, estaban ya los jueces nombrados para aquel acto, que eran cinco ancianos del real Consejo y cinco matronas venerables: nobles, gentiles hombres, prelados, togados, guerreros; todas las primeras dignidades del reino, estaban allí tambien, y repartidos en la parte baja del salon, de un lado los asistentes de ménos jerarquía, y de otro las competidoras en el certámen.

Sólo á los reyes se esperaba para comenzar el acto; y cuando los ugieres los anunciaron, juntamente con el príncipe heredero y el acompañamiento real, hubo aclamaciones, vítores y música saludando á los soberanos.

Un heraldo anunció, en nombre del rey, que quedaba abierto el certámen.

Segun el ceremonial aprobado de antemano, las pretendientes debian ir presentándose una por una; subirian las gradas de la plataforma del trono, pasarian ante los reyes primero, y despues ante los jueces, quienes podian detenerlas todo el tiempo que quisiesen, y una vez así exhibidas y examinadas, pasarian á un salon contiguo por una puerta de escape.

Imposible seria pintar exactamente aquel conjunto abigarrado, aquel hacinamiento de blondas, alhajas, flores y sedas, postizos y coloretos; aquel desfile grotesco que sólo era pasable en las cortes de los reyes, donde son admisibles los sainetes. Allí era de ver la jóven presumidilla que torciendo los labios y poniendo los ojos en blanco, pretendía pasar por belleza espiritual y graciosa; ó la ya algo madurita, que queriendo dar muestras de naturalidad y despejo, sólo las daba de descoco; ó la jamona bien conservada que, confiando en sus redondas y carnudas formas, hacia mil coquetuerías de pésimo gusto; ó la cortesana que olvidando el pudor por atender á la vanidad, llevaba galas que, más bien que vestido, eran disfraz de desnudez.

Se fueron presentando una á una ante los jueces; y si es cierto que muchas, por su injustificada presuncion, produjeron en los espectadores sensacion desagradable, y hasta cierta disimulada hilaridad, hubo algunas que causaron admiracion por su belleza.

Los jueces examinaban á las presentadas y tomaban

nota de sus nombres. Las matronas tambien las examinaban, y les hacian una que otra pregunta para conocer su instruccion en artes mujeriles.

Parecia ya concluida aquella primera parte del acto, porque ninguna nueva competidora se acercaba, cuando un ugier anunció que dos jóvenes iban á presentarse.

En efecto, á pocos momentos penetraron en el salon Flor y Estrella, que se habian retardado por esperar la compostura del averiado carricoche.

Iban anhelantes, turbadas, y encendidas de emocion, pero al dar los primeros pasos en aquel recinto, se revistieron del aplomo que da la seguridad del triunfo.

Sus trajes y adornos no fueron muy del gusto general; pero su natural belleza resplandecia de tal modo, que todos los circunstantes olvidaron aquellos defectos, y un murmullo de admiracion se extendió hasta donde estaban los reyes.

Al ver la maravillosa hermosura de las dos hermanas, se acordó que se presentaran juntas á los jueces, para de este modo ver detenidamente cuál superaba á la otra en belleza.

Desde que penetraron en el salon se percibió en todos los ámbitos de él una exquisita fragancia, cual si aquellas dos Vénus hubiesen impregnado sus cuerpos con todos los perfumes de la Arabia; pero aquel era un perfume nuevo, no conocido, indefinible, y que parecia penetrar, no en el olfato, sino en el alma del que lo aspiraba.

Orgullosas por la impresion que causaban, Flor y Estrella, aunque destituidas de modales cortesanos, se adelantaron majestuosamente; y como si aumentase su soberbia á cada paso que daban, al pasar frente al trono de los reyes apénas hicieron una leve inclinacion de cabeza, y al llegar junto á los jueces se exageró su actitud arrogante y altiva. Los jueces las contemplaron absortos ante su hermosura, pero severos al ver aquella altanería, que en todos los presentes causó desagrado.

Las matronas, indignadas por aquella falta de cortesía y de modestia, se propusieron ser rigurosas en su exámen. Así es que, hechas ya cargo de la hermosura física de las jóvenes, para juzgar de sus dotes de instruccion, que era otro de los objetos de aquel certámen, empezaron un rígido interrogatorio, no en voz baja y en reserva como lo habian hecho anteriormente, sino en alta voz, para obligar á las preguntadas á responder de igual modo.

—Vamos á ver, hermosas jovencitas, si teneis tanta discrecion como belleza. Decidme, ¿qué se necesita para el gobierno de una casa?

—Eso se queda—dijo Flor muy hinchada—á la mayordomía y servidumbre.

—Digo lo que mi hermana—agregó Estrella.

—Y..... vamos á ver: ¿qué es lo más esencial para condimentar un puchero?

—¡Señora, yo no he sido cocinera!

—Ni yo tampoco—dijo Estrella.

—Y decidme, ¿cómo es mejor poner el copo en la rueca para el hilado?

—Señora, ese es trabajo para manos plebeyas.

—Las mias tampoco lo son—dijo Estrella mostrando sus blancos y rosados dedos.

—Y ¿qué es lo que, para educar á sus hijos, debe saber una buena madre?

—Señora, yo todavía no lo he sido.

—Ni yo tampoco—agregó Estrella como estribillo.

Murmullo picaresco y de desaprobacion se escuchó entónces en la sala, á la vez que el bufon del rey, no pudiendo contener la risa que le retozaba en el cuerpo, hizo una expresiva pirueta sonando estrepitosamente sus cascabeles.

Por no hacer más ridiculo aquel acto, no se siguió el interrogatorio, y las jóvenes se retiraron.

Faltaba cumplir el tercer objelo del certámen, que era averiguar quién de las competidoras poseia mayor bondad y virtud, para lo cual un heraldo anunció que podian presentarse personas que testificasen aquellas dotes de las inscritas. Pocos testigos se presentaron, alegando sólo hechos triviales en favor de sus abonadas, y que de ningun modo probaban bondad reconocida ni virtud sublime.

Iba ya á darse por terminado el certámen, y á pronunciar su fallo los jueces.

El príncipe heredero, que era un jóven apuesto y vivaracho, habia fijádose desde un principio en la hermosura de Flor y de Estrella, y más que todo, en aquel

exquisito perfume difundido desde que se presentaron las dos hermanas. Atrevido y voluntarioso como todos los magnates, atropellando las leyes del ceremonial, y á pesar de que su ayo quiso impedirselo, se habia acercado con disimulo á las jóvenes para aspirar mejor aquel aroma, y preguntarles de qué estaba compuesto; mas ¡cosa rara! al estar junto á las dos bellas, notó que éstas oían á cosa muy diferente, á uno de esos perfumillos ordinarios y comunes; y ¡cosa más rara aún! notó también, como todos los presentes, que mucho despues de haberse retirado ambas hermanas, todavía subsistian en todo el salon aquellas fragantes emanaciones.

Encaprichado el príncipe en averiguar de dónde procedian, porque se le habia metido en la cabeza que habia de obtener y usar aquel perfumè desconocido, encargó á su ayo fuese á inquirirlo del modo que pudiese, y le llevara noticia del resultado de sus pesquisas.

El pobre ayo fué á cumplir su enojosa comision, y se puso á oler una por una de las personas presentes, cuidando de hacerlo con el mayor disimulo posible.

Entretanto, los jueces conferenciaban entre sí y se ponian de acuerdo con el rey para emitir su voto.

Al cabo de algun tiempo el ayo volvió al lado del príncipe, y ambos estuvieron hablando en voz baja, notándose que en aquella plática sus semblantes daban muestras de animacion y entusiasmo.

Ya los jueces iban á pronunciar su fallo, cuando el príncipe, acercándose al rey y pidiéndole vénia para hablar, dijo:

—Señor, pido á V. M. se digne permitir que se admita al certámen otra competidora.

—Concedido; mas ¿dónde está ella?

—Se halla aquí presente, pero quizá su extremada timidez le impide acercarse sola: pido, pues, otra gracia, y es que sea acompañada por alguna damas.

Accediendo el rey á esta indicacion del príncipe, se nombró á dos damas para el objeto, las cuales, sirviéndoles el ayo de guía, se dirigieron á un ángulo del salon cercano á la puerta donde estaba más apiñada la concurrencia.

Vióse que la persona en cuya busca iban, se resistia, asombrada y ruborizada, y sólo cedió á las repetidas instancias de las damas y á la órden expresa del príncipe que le fué trasmitida.

Al atravesar el salon aquel grupo, toda la majestad de los reyes y todo el respeto á ellos tributado no fueron bastantes á contener una general exclamacion de asombro y de entusiasmo.

Habia, en efecto, motivo para ello: la que se presentaba, no parecia un sér humano, sino el ángel de los delirios amorosos y de los castos ensueños; no un cuerpo del barro inmundo de la tierra, sino de naturaleza superior y casi divina: tales eran su espléndida belleza, su prestigio soberano y su inexplicable atractivo.

Era María, que viéndose precisada á acompañar á sus padres y hermanas, habia quedado confundida entre la multitud, y que obligada por extraño incidente,

para ella inexplicable, iba á comparecer ante los reyes y ante la corte entera.

Un blanco y sencillo vestido cubria sus formas virginales, y sus largos y negros cabellos, trenzados sin artificio y recogidos por lazo color de cielo, descendian airosos dando más esbeltez á aquel cuerpo precioso. Ni un adorno, ni un solo afeitado disfrazaban su soberana belleza; pero aquella sencillez natural, aquel aspecto singular y casi vaporoso, la hacian aparecer como vision celeste.

Si tan acabada hermosura no hubiese cautivado ya á todos los presentes, que absortos la contemplaban, hubieran bastado para ello la gracia peregrina y la angelical modestia con que María se presentó ante el trono saludando á los reyes.

—Acércate, hermosa niña—díjole el rey bondadosamente, complacido al ver tantas perfecciones—acércate, que me parece que tú vas á ser la única reina en esta fiesta.

—Señor—contestó con humildad María—sólo por vuestro mandato me he atrevido á presentarme ante mis reyes, y no aspiro á mayor dicha.

—¡Cómo! ¿no venias á tomar parte en este certámen, del que serás la mejor gala?

—Venia, señor, únicamente acompañando á mis hermanas.

—Y ¿no quisieras obtener el premio que se ha de conceder á la mujer más hermosa?

—La hermosura de mi cuerpo, si acaso la tengo, es

deleznable como las rosas de un dia, y no merece que de ella se ocupen V. M. ni su real corte.

—Y aun cuando no solicites ese premio, ¿no tendrias especial satisfaccion al obtenerlo?

—Seria merced inmerecida, porque la hermosura es un don del Hacedor, y Él es el solo digno de alabanza por sus obras.

—¿Cuál seria, pues, la dicha ó la satisfaccion que tú desearas?

—La que ya tengo, señor, cumpliendo con mis deberes al servir y amar á mis padres.

—Verdaderamente, niña encantadora, tu discrecion iguala á tu hermosura.

—Y nosotros testificamos su virtud sublime—dijeron á la vez dos mujeres y un anciano que se habian acercado á las gradas del trono en actitud de adoracion á aquella vírgen.

—¡Ella alimentó y abrigó á mi hijo, cuando se moria de hambre y de frio!

—¡Ella fué el ángel salvador de mi hija enferma, á quien llevó medicamentos, le dió cumplida asistencia curándola con esas blancas y preciosas manecitas; ella la que á los dos nos alimentó y nos prodigó dulcísimos consuelos! ¡Bendita sea!

—Y ella es la que, cuando ya desfallecia yo de angustia y de cansancio en el desierto camino, me recogió compasiva, me dió un lugar en su carruaje, y caritativa como ninguna, me ha albergado en su casa, y me ha cuidado cariñosa. ¡Bien merece este ángel her-

moso, no sólo un mezquino premio, sino una corona de reina, y las alabanzas y las bendiciones de todas las almas buenas!

—Para ella debe ser la palma del triunfo en este certámen—dijeron unánimes los ancianos jueces.

—A ella toca el premio, porque posee reunidas la gracia, la hermosura y la virtud—agregaron las matronas.

Iniciado por los reyes se dejó entónces oír un aplauso general y atronador, y aclamaciones entusiastas.

—¡Gloria á la más hermosa!—¡Loor á la más bella y virtuosa de las mujeres!—¡Honor y bendición á ella!

Una comitiva de damas condujo á María al lugar que, cerca de los reyes, estaba destinado á la vencedora; cubrióla una lluvia de flores, y los caballeros de la corte fueron uno por uno á rendirle homenaje, miéntras una entusiasta música hacia oír sus deliciosas armonías.

Habíanse cumplido los votos de aquellos á quienes María habia tendido su mano caritativa; porque el cielo le otorgó, desde que empezó aquel acto, la hermosura sobrehumana, la gracia indefinible, y aquel perfume sin igual que la habia denunciado como un sér privilegiado y casi divino.

Entretanto, la reina decia á su esposo con aire triunfante:

—¿Ya lo ves, rey retrógrado y rehacio? ¿ya lo ves cómo sí hay personas de mi sexo que merecen los honores y las distinciones?

—Lo confieso así—dijo el rey de buen humor—aunque esto sea una rareza. Y verdaderamente, si yo tuviese una hija, quisiera que fuese como esa rapazuela.

—Señor—dijo el príncipe aprovechando la coyuntura—eso está en vuestra mano, porque si lo permitís, haré mi esposa á esta jóven.

—Sea como lo quieres—contestó el rey.

Entónces el príncipe, tomando de la mano á María, la presentó á toda la corte como su futura esposa.

Y entónces hubo nuevas aclamaciones y nueva lluvia de flores, y más música, y de tantos aplausos se venia el palacio abajo.

Las fiestas, y los festejos, y la bulla que siguieron durante algunos dias, no son para contados: sólo diré á ustedes que en los convites, y en los saraos, y en los festines, todos aclamaban á María como reina de la hermosura, y los trovadores no cesaban de cantar al són de sus arpas: “¡Gloria á la más bella, á la más buena, á la más virtuosa de las mujeres!”